

Usos del tóxico en sujetos cuyo modo de gozar no se inscribe bajo la función proposicional fálica

Use of toxic substances in subjects whose way of enjoyment do not inscribe under the phallic propositional function

Por Gabriela Claudia Triveño Gutierrez¹, Tomás Piotto², Gustavo Saraceno³,
Cecilia Scovenna⁴ y Tomás Verger⁵

RESUMEN

Este trabajo se desprende de la investigación UBACyT 2023-2025 titulada “Los dispositivos para alojar la urgencia, desde la mirada de profesionales psicólogos que intervienen en ellos”. La misma está dirigida por la Dra. María Inés Sotelo. El objetivo de dicha investigación es aproximarse a la realidad de los dispositivos hospitalarios de la República Argentina que reciben urgencias, precisamente, desde la perspectiva de los psicólogos que intervienen en ellos. En este escrito, a la luz de un caso clínico de un hospital público, nos proponemos pensar la clínica de la toxicomanía y sus particularidades. En esta ocasión, reflexionamos acerca de la función del tóxico en sujetos cuyo modo de gozar no se inscribe bajo la función proposicional llamada fálica.

Palabras clave: Psicoanálisis, Toxicomanías, Urgencia, Función fálica, Goce sexual.

ABSTRACT

This paper comes off the UBACyT 2023-2025 research “The devices for hosting urgency, from the perspective of psychology professionals who intervene in them” directed by Dr. in Psychology María Inés Sotelo. The purpose of this research is to approximate to the hospital devices reality in Argentinian Republic who receive urgency consults, precisely, from the perspective of the psychology professionals. In this paper, in the light of a clinical case from a public hospital, we propose to think about the use of toxic substances and its particularities. In this occasion, we reflect on the use of the toxic substances in subjects whose way of enjoyment does not inscribe under the phallic propositional function.

Keywords: Psychoanalysis, Drug abuse, Urgency, Phallic Function, Sexual enjoyment.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Licenciada en Psicología. Magister en Psicoanálisis y Doctoranda en Psicología, UBA.

Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente en la Práctica Profesional Clínica de la Urgencia, UBA. Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigadora. Buenos Aires, Argentina. E-mail gabrielatriveno@gmail.com

²Universidad Nacional de Rosario (UNR). Psicólogo, UNR.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigador. Buenos Aires, Argentina.

³Universidad del Aconagua (UDA). Facultad de Psicología. Licenciado en Psicología, UDA.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigador. Buenos Aires, Argentina.

⁴Universidad Nacional de Rosario (UNR). Facultad de Medicina. Médica Psiquiatra, UNR. Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigadora.

⁵Universidad Nacional de Rosario (UNR) Psicólogo, UNR.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigador.

Universidad de París VII. Master en Psicoanálisis. París.

Buenos Aires, Argentina

El ser hablante y las palabras impuestas

A partir del final de las elaboraciones lacanianas, podemos sostener que todo ser hablante, todo animal parlante, padece de palabras impuestas. Jacques Lacan, a mediados de la década del '70, lo asevera sin vacilar. Todo ser hablante, todo animal que habla, padece de palabras impuestas (Lacan, 1975, p. 93). El asunto, que no es para nada menor, es que el modo de padecer las palabras impuestas no se da en todos ellos de la misma manera.

Más allá de haber extendido la noción de forclusión, cabe diferenciar cuando alguien padece el parasitismo de la palabra llegando a sentirlo en el cuerpo, de aquellos sujetos en quienes el parasitismo se presenta de manera revestida. Es llamativo que la fórmula “todo el mundo es loco...” (Lacan, 1978, p. 7) haya sido propuesta por Lacan al modo de un universal. Justamente, podemos decir que Lacan no era afín a los universales, a las formulaciones universales. Sin embargo, esta nos invita a precisar, en cada caso, cómo la palabra ha afectado y afecta al cuerpo, cómo esta ha percutido el cuerpo, cómo se ha dado la intromisión de la palabra en el cuerpo. Lacan, en este momento de su enseñanza, se apoya nuevamente en el cogito cartesiano para dar cuenta de aquello que se experimenta a nivel del cuerpo en su relación con la palabra. ¿Cuál es este nuevo punto de partida? Precisamente una nueva lectura del *cogito*. Lacan produjo numerosas variaciones del *cogito* cartesiano¹ a lo largo de su enseñanza. Si Descartes funda su *cogito* sobre la expulsión del cuerpo, en Lacan vemos cómo gradualmente se lleva a cabo un movimiento inverso. Construir un *cogito* a partir del cuerpo, pero de un cuerpo afectado por el significante y no anterior a él (Miller, 2009, p. 276). Es lo que podemos deducir de la fórmula el significante es la causa del goce (Lacan, 1972, p. 33) dimensión estrechamente vinculada a la definición que, a partir de Joyce, Lacan dio del síntoma: el síntoma como acontecimiento de cuerpo (Lacan, 1976, p. 595). En *Aun* Lacan precisó que el “cuerpo hablante” era un misterio (Lacan, 1972, p. 158). A su vez, Miller señala que, en Descartes, lo que constituye un misterio, es la unión del alma con el cuerpo. Concluye que el misterio cartesiano de la unión psicósomática podemos ubicarlo como relativo al misterio de la unión de la palabra y el cuerpo, efecto de una experiencia que corresponde al registro de lo real (Miller, 2014, p. 25).

En este contexto, el misterio de la unión introduce un desplazamiento respecto de la dimensión de la causa –el significante es causa de goce (Lacan 1972, p.33)– indicando así una relación de anudamiento y no de causalidad entre la palabra y el cuerpo. No es lo mismo decir que el pensamiento es *causa* de goce, que decir que el pensamiento *es* goce. ¿Qué está implicado en este pequeño desplazamiento? La introducción de la última variación producida por Lacan sobre el *cogito* cartesiano que se encuentra en el *Seminario 23. El sinthome*.

“Je le panse, c’est à dire, je le fais panse, donc, je l’essuie”² (Lacan, 1975, p.66). ¿Es el pensamiento lo que viene en primer lugar? Quizás podríamos afirmar esto según una cierta lectura del cogito cartesiano “yo pienso,

luego soy” (Descartes, 1637, p.123). Sin embargo, Freud ya ubicaba que el sentimiento de culpa antecede al acto criminal (Freud, 1916). ¿De qué se trata entonces? Se trata más bien del goce del cuerpo, de la *panse*³. Sin lugar a dudas, podemos remitirnos al conocido pasaje relativo al Evangelio de San Juan “en el principio era el Verbo...” (Reina-Valera, 1960). Ahora bien, ¿qué quiere decir? ¿Se refiere a la acción o a la palabra? El psicoanálisis de orientación lacaniana resuelve este impasse proponiendo un doble estatuto del significante. Por un lado y en primera instancia, se trata del significante en su dimensión de percusión, de aquello que hace irrupción en el cuerpo, que da lugar a la emergencia de un afecto. Precisamente, se trata de aquello que se siente. Por otro lado, el significante, en su vertiente metafórica, es aquel que da lugar a la emergencia de efectos de sentido. De allí que podamos quizás decir, reformulando el versículo de San Juan, que *en el principio era el goce...*

De todas maneras, como Jacques-Alain Miller lo precisó en su intervención “Los paradigmas del goce” (Miller, 1999, p.153) a partir de los años '70, el viraje paradigmático propuesto por Jacques Lacan, nos ha conducido a situar cómo el significante introduce goce, cómo este mismo, es “causa de goce” (Miller, 1999, p.153).

Por estas razones, retomando la formulación de Lacan “todo el mundo es loco” (Lacan 1978, p.7), podríamos decir que cada ser hablante, en tanto padece la intrusión del significante en su cuerpo, padece de desarreglos y por ende, la vida es inarmónica. Con el nuevo estatuto del significante es factible afirmar que lo simbólico desarregla.

Ahora bien, como al inicio se mencionaba, el padecimiento de palabras impuestas no se da de la misma manera en todos los seres hablantes. Hay quienes no perciben que padecen de éstas ya que disponen del recubrimiento de la ficción; y hay quienes efectivamente las sienten. Cuando al sentimiento nos referimos, hacia el final de la enseñanza de Lacan, se trata del cuerpo, de aquello que se siente y se experimenta a nivel del cuerpo.

¿Qué nos enseña Lacan a través de Joyce?

Detengámonos ahora un momento en James Joyce. Es evidente que la fenomenología corporal pesquizable en el escritor franco-irlandés daba cuenta de un cuerpo parasitado por las palabras, en donde la imposición carecía del revestimiento de la ficción. Más allá de la célebre paliza, coyuntura que evidencia un desprendimiento del cuerpo, hay otras coyunturas que dan cuenta de este aspecto tan particular en cuanto a la relación con su cuerpo. Son conocidos los episodios de alcoholizaciones. ¿Qué estatuto tenían las mismas en él? ¿Qué uso hacía del alcohol? He aquí algunas breves menciones. Hemos sabido (Birmingham, 2014, p. 290-292) que, según su hermano Stanislas, el agravamiento de sus trastornos oftalmológicos era atribuido a los comas etílicos. El consumo del alcohol comienza en Dublín luego de la muerte de su madre, incrementándose fuertemente luego de la paternidad ya residiendo en Trieste. Las alcoholizaciones masivas

estarán presentes en su vida aún en Zurich y en París hasta la perforación de su úlcera duodenal. No caben dudas de que este aspecto relativo al *dejar caer* su cuerpo pone en evidencia una pendiente mortífera. Añadamos entonces la referencia lacaniana fundamental en torno a esto. “Joyza demasiado del S.K bello para eso, tiene de su arte artegullo hasta la saciedad.” La pretensión joyceana consistía en construirse un escabel. He aquí que el arte se erige como el modo a través del cual intenta suplir al Nombre del Padre y al falo. Sabemos que Lacan, en lugar del orgullo (*orgueil* en francés), propone con respecto a Joyce su artegullo (*art-gueil*). De aquí la preponderancia del arte, del lugar del arte. Si según la cita de Lacan, es factible establecer una suerte de continuidad entre aquello que le permite hacerse un cuerpo en tanto suple al falo, podemos conjeturar que el uso del alcohol, la saciedad, tendía a intentar otorgar consistencia a un cuerpo que, por estructura, se desprendía.

Adentrándonos más precisamente en nuestra temática, podríamos hacernos la siguiente pregunta: Joyce con su arte –verdadero garante del falo– ¿trata de liberarse del efecto parasitario de las palabras impuestas o se trata más bien de un dejarse invadir por la polifonía de las palabras? Cabría entonces una pregunta similar en las toxicomanías. El uso de la droga en un sujeto toxicómano, ¿implica un intento de apaciguamiento ante lo xenopático⁴ del lenguaje dando lugar a una tentativa de localización? ¿O conduce a una invasión de goce deslocalizado?

He aquí que nos inmiscuimos en otro punto central de nuestro recorrido. Cabe decir que si un ser hablante padece de palabras impuestas y siente la intrusión de éstas en su cuerpo tal como Lacan nos enseñó a partir de Joyce, sabemos entonces que el falo carece de operatividad. Allí el ser hablante podrá inventarse o no una suplencia.

El goce sexual abre para el ser hablante la puerta al goce (Lacan, 1972, p. 31)

En primer lugar, es factible ubicar que la función fálica, cuando cierta dimensión del goce se encuentra inscripta bajo la misma, posibilita la localización del goce. A partir de los desarrollos lacanianos, sabemos de las consecuencias en el cuerpo de un ser hablante ante la no operatividad del falo. Fundamentalmente, la localización del goce es factible en tanto un ser hablante se encuentra inscripto bajo la función proposicional llamada fálica. De lo contrario, el goce no se circunscribe a lo que Freud llamó zonas erógenas. Jacques-Alain Miller, en *Sutilezas Analíticas* afirma que “el significante afecta al cuerpo del *parlêtre* porque fragmenta el goce del cuerpo, y estos pedazos son los objetos *a*, [...] su goce se ve modificado en forma de fragmentación y de condensaciones en lo que son las zonas erógenas según Freud, cada una relativa a un tipo de objeto” (Miller, 2009, p. 278). Si la operación de separación tiene lugar como respuesta a la alienación significante, el goce se circunscribe alrededor de los objetos *a*. Hay aquí una conjugación, una articulación lógica, de dos momentos de la enseñanza de Lacan.

¿En qué consiste esta circunscripción? Se trata de un vacío que se constituye a partir de la delimitación del circuito pulsional por parte de los desfiladeros del significante. Cabría añadir que estas parcelas de goce en el cuerpo se establecen en tanto se accede a una metafórica del mismo. Aquí encontramos la relación del falo con el objeto *a* como condensador de goce, en tanto la materialidad del cuerpo es afectada por el significante, cuestión que supone una negativización del goce. De no tener lugar esto último, la experiencia de goce en un ser hablante puede implicar una deslocalización tal que la misma resulte enloquecedora en tanto evidencia un desorden pulsional, pulsiones sin cauce significante.

Ahora bien ¿qué sucede cuando el significante no funciona en lo concerniente a su dimensión metafórica? Reparemos en esta cita del *Seminario ...o peor*: “En esas condiciones, para acceder al otro sexo, es necesario realmente pagar el precio, el de la pequeña diferencia, que pasa engañosamente a lo real a través del órgano, debido a lo cual justamente deja de ser tomado por tal y, al mismo tiempo, revela lo que significa ser órgano. Un órgano no es instrumento más que por mediación de esto, en lo que todo instrumento se funda: que es un significante” (Lacan, 1971, p. 17).

La precisión de este pasaje nos permite pesquisar que un ser hablante podrá emplear un órgano de su cuerpo en tanto este esté fundado en un significante, es decir en tanto cada quien le haya atribuido significación al mismo. Esto podemos vincularlo al órgano peniano, más no solamente. Veamos esto: “Lo importante es que hacemos jugar en esta oportunidad un par llamado coloreado, y que el color no tiene ningún sentido. ¿La apariencia del color pertenece a la visión, en el sentido en que la destaque, o a la mirada? ¿Es la mirada o la visión la que distingue el color?” (Lacan, 1975, p. 114).

El par coloreado hará referencia, lo veremos prosiguiendo con la cita, al binomio hombre / mujer. Es interesante cómo Lacan incluye la pregunta por el órgano, en este caso en torno a la visión. Sin embargo, es factible hacerlo extensivo al órgano peniano, o más bien a que un órgano deviene tal y dispone de una determinada función en tanto hay de la incidencia del significante. El vocablo órgano de manera aislada puede implicar diversas referencias. Un organismo deviene cuerpo justamente, en tanto hay de la marca del significante que provoca una determinada negativización en cuanto al goce. Efectivamente para la orientación lacaniana, la anatomía no es el destino. De esta manera no es el órgano lo que determina el sexo de un ser hablante. El significante, más precisamente la incidencia de este en la vida de alguien, da lugar a una cierta anulación de la anatomía.

Lacan, en el *Seminario 23*, afirma que no basta con tener un pito para creerse macho, sino que “hace falta más”, aludiendo de este modo a la función de la palabra. Allí define al falo como “la conjunción de ese *parásito*, que es el pito en cuestión, con la función de la palabra.” (Lacan, 1975, p. 16). Si Joyce nos enseña algo, es que esta conjunción es algo a verificar en cada *parlêtre*. Para Joyce, quien tenía el pito algo flojo, su arte suplió su firmeza

fálica (Lacan, 1975, p. 16). No va de suyo que alguien pueda hacer uso de su cuerpo, efectivamente es a verificar cómo se ha dado la intromisión de la palabra en el cuerpo en cada ser hablante. De aquí que sea pertinente retomar la tan renombrada cita de Lacan en torno al tóxico. ¿La referencia es al falo o al órgano?

Sabemos, a partir de Jacques-Alain Miller, que en el recorrido que hace Lacan, hay una pendiente que tiende a la corporización de los conceptos. Es inevitable preguntarnos qué sucede en torno a las conceptualizaciones relativas al cuerpo en la enseñanza de Lacan entre Schreber y Joyce.

La densidad que implica *El Seminario El sinthome* (Lacan, 1975) quizás pueda empezar desentrañarse a partir de Chomsky. Al menos esta es la orientación que propone É. Laurent: “Brutalmente, en diciembre de 1975, adivino una luz. Lacan vuelve de los Estados Unidos y habla de Chomsky. Chomsky, lo conocíamos. Nos habíamos podido beneficiar con los cursos de Jean-Claude Milner, que era, y fue durante mucho tiempo, el chomskiano francés de referencia. Pensábamos quizás encontrar algo allí, un punto de apoyo.” (Laurent, 2005, p. 152) He aquí entonces una puerta de entrada a la exploración, o al menos a una forma de abordaje del Seminario en cuestión. “Para algunos de los oyentes, se abría una puerta: asistíamos al reverso de la *Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*” (Laurent, 2005, p. 153).

Una pregunta que se suscita en torno a este recorrido consiste por lo tanto en cuál es el motivo por el que Lacan recurre a Noam Chomsky. Se trata nuevamente de una referencia a la lingüística. ¿Cuál es la razón por la cual, luego de haber contado con interlocutores como Roman Jakobson o Émile Benveniste, recurre a Chomsky?

La concepción chomskiana parte “de la consideración de algo que se presenta como un cuerpo provisto de órganos.” (Lacan, 1975, p. 31) En primer lugar, si este es el punto de partida chomskiano, cabe interrogarnos acerca de cómo, si así lo fuera, se establece el vínculo entre el cuerpo y los órganos en cuestión. El encuentro de Lacan con Chomsky tiene lugar en su viaje a los Estados Unidos, cuando viaja a llevar a cabo sus conferencias y entrevistas en Yale, en 1975. En aquella ocasión nos encontramos con la célebre expresión en torno al rigor que implica la psicosis. (Lacan, 1975, p. 9) Sabemos entonces que - por los casos presentados -, que haya una relación entre el sujeto y su cuerpo, incluso que los órganos puedan disponer de determinadas funciones, no va de suyo. Para Chomsky el lenguaje es efectivamente un órgano. Lacan lo dirá explícitamente: “Así, Chomsky considera que el lenguaje, entre otros, está determinado por un hecho genético. En resumen, el lenguaje es él mismo un órgano” (Lacan, 1975, p. 32). Si el lenguaje es un órgano, si este es un hecho genético, podría ser localizable en el cuerpo. De allí el esfuerzo de la ciencia. Ahora bien, ¿cómo leer la referencia de Lacan a Chomsky? Jacques-Alain Miller propone que “lo que para su cuerpo hace órgano, es el lenguaje” (Miller, 1999). Y agrega con mucha pertinencia, “¿Pero no sería eso designar, de una manera considerada vulgar, el falo?” (Miller, 1999) La perspectiva de Lacan es muy diferente a la

chomskiana. Se establece una polaridad entre Joyce y Chomsky. Para este último, era factible una localización del lenguaje en el cuerpo intentando situar ese injerto extraño. Por el contrario, el padecimiento evidenciado a través de las palabras impuestas da cuenta de otra cosa.

Veamos el siguiente pasaje literario:

-Me han costado todas las relaciones sexuales que he tenido. No sé por qué lo hago. No me considero una persona politizada. No soy uno de esos tipos que claman por América, leen los periódicos y se preocupan por si aprueban las leyes de Buchanan. Lo estoy haciendo con alguna chica, no importa con quién. Es cuando empiezo a correrme. Entonces me pasa. No soy demócrata. Ni siquiera voto. Una vez me asusté mucho y llamé a un programa de la radio, a un médico de la radio, sin decir mi nombre, y me diagnosticó la vociferación incontrolada y estridente de palabras o expresiones escatológicas, cuyo nombre técnico es coprolalia. Pero cuando empiezo a correrme y me pongo a gritar, lo que digo no es insultante ni obsceno. Es siempre lo mismo y es muy raro, pero no lo consideraría insultante. Me parece simplemente raro. E incontrolable. Me sale igual que le sale a uno el semen, produce la misma sensación. No sé por qué pasa y no puedo evitarlo.

-¡Victoria para las fuerzas de la libertad democrática! Pero mucho más fuerte. Como si lo gritara. De forma incontrolable. Ni siquiera pienso en ello hasta que se me escapa y lo oigo.

¡Victoria para las fuerzas de la libertad democrática! Pero mucho más fuerte: ¡Victoria...!

-Bueno, se asustan mucho, ¿usted qué cree? Y yo me muero de vergüenza. No sé ni qué decir.

¿Qué diría usted si gritara “Victoria para las fuerzas de la libertad democrática” en el momento de correrse?” (Wallace, 1992, p. 30-31).

David Foster Wallace nos presenta en este texto una viñeta que resulta muy orientativa a los fines de pesquisar la relación entre lenguaje y órgano. Claramente vemos como el lenguaje constituye un injerto extraño y que se impone al sujeto provocando como efecto la emergencia de un afecto en el cuerpo. Las alucinaciones verbales que padece el personaje del texto recién citado se imponen provocando en el cuerpo, introduciendo en éste, una experiencia absolutamente ilimitada. Se trata de una sensación que el sujeto no puede integrar y que no responde a la lógica fálica en tanto da cuenta de una ilimitación.

Desgarramiento o localización

Tomaremos ahora la célebre referencia en torno a la droga propuesta por Jacques Lacan que la encontramos en el año 1975 en el “Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana” (Lacan, 1975). Antes de adentrarnos en el pasaje específico, precisemos algunas coordenadas del texto en cuestión.

En torno a lo real, Lacan dirá que no está seguro de que lo real constituya un mundo, es decir que no es

seguro que lo real constituya un todo. (Lacan, 1975, p. 12) En otros términos, lo real no puede ser circunscrito, no puede determinarse a partir de un conjunto cerrado y limitado. De hecho, esto constituye un impasse para la ciencia, para el modo de proceder que tiene la misma, el modo de abordaje de aquello que se supone objeto de estudio. La ciencia debe partir de la idea de un todo para sostenerse, determinadas leyes deben necesariamente, dar cuenta de un régimen de funcionamiento.

Sin embargo, en torno a lo real, Lacan será aquí taxativo. “A nosotros analistas nada nos obliga a hacer de lo real algo que sea un universo, algo cerrado.” (Lacan, 1975, p. 13) Esto nos conduce indefectiblemente a suponer que a lo real, es factible aunar la lógica del no-todo. “De manera que podamos nosotros sostener la idea de que lo real es no todo, es un reaseguro que no deja de tener su interés para los físicos, y los físicos llegaron a hacerse la idea de que quizá pueda pensarse lo real sin poner allí una constante, la constante llamada energía.” (Lacan, 1975, p. 13)

Consideremos entonces que lo real y la idea de un todo se excluyen a sí mismas, Ahora bien, ¿Es esta una exclusión absoluta?, ¿o podría haber un punto de cierta superposición entre estas dos dimensiones? Dicho de otra manera, ¿podría la lógica del todo aprehender algo de la dimensión de lo real?

Examinemos la siguiente referencia:

El goce del lado no-todo, lado femenino de la sexuación, ¿puede encontrar en el vacío, que es a la vez un vacío de materia, de la materia del fantasma, y un lleno de energía la del goce del Otro (JA) que habita en ciertos momentos al cuerpo hablante, una formulación que nos permita saber un poco más? Lacan define la materialidad del cuerpo como consistencia. ¿Es del orden de una energía sin localización específica en ningún órgano del cuerpo, una energía que capta al cuerpo hablante como *Uno* en su existencia global? Es la vía que tomo aquí, guiada por las palabras de los analizantes: poner a prueba del psicoanálisis el vacío como ex-sistencia de un goce deslocalizado respecto a las zonas de orificios investidos por el fantasma. Lo que no quiere decir que sean abolidos. Esta experiencia, que siempre sorprende a los *parlêtres* cuando se produce, no llega sin poner en juego los objetos *a*, pero no son reproducibles a partir de la fórmula del fantasma y no movilizan una zona erógena precisa. El efecto es difuso, deslocalizado. (Brousse, 2021, p. 59-60).

Esta cita constituye una brújula crucial para orientarnos en el trabajo de Lacan. Hay una distinción clara realizada por M.-H. Brousse tomada de Lacan, en lo que al goce respecta. Habría una serie que tiene una lógica precisa. Habría cierta solidaridad, para decirlo de algún modo, entre lo real y el no-todo en tanto un conjunto cerrado no puede dar cuenta de lo real. A su vez, hay una ligazón lógica entre lo real y la ex-sistencia, en tanto que aquello en juego, es una dimensión que se resiste a la formalización, a la negativización. Se trata más bien de una dimensión que da cuenta de una positivación. Entonces, en cuanto al goce, aquel que presenta una modalidad lógica

ligada al no-todo, consistirá en un quantum de energía sin localización específica en ningún órgano del cuerpo.

Continuemos con el texto de Lacan de 1975. “Ya allí se esboza la idea de que la constante no es la consistencia. Reducir la constante a la consistencia quizás sea algo que los físicos puedan soportar” (Lacan, 1975, p. 13). La primera pregunta que cabe hacerse es qué quiere decir Lacan cuando hace referencia a la constante. He aquí dos posibilidades al menos: o la constante consiste en la ley de repetición significativa freudiana correlativa, justamente, al automatismo de repetición freudiano, o bien la constante remite a un Uno que más que repetirse; itera. La constante, nos había anticipado Lacan, es la energía. Si tomáramos de estas últimas dos posibilidades, la primera de ellas, la energía se correspondería con la libido –siempre masculina– freudiana. Es decir, un goce amarrado al significante, o bien el goce llamado fálico. Ahora bien, en caso de tomar la segunda opción, estaríamos ante la energía tal como M.-H. Brousse viene de precisarla. Se trataría de una energía que tiene como sede el cuerpo y presenta un carácter deslocalizado.

Por lo tanto, si los físicos quizás puedan soportar la reducción de la constante a la consistencia, se debe a que ellos en tanto científicos parten de la premisa opuesta: la constante como ley universal que da cuenta de un modo de funcionamiento que se puede asimilar con la noción de ley significativa en términos freudianos. Es la lógica científica. Sin embargo, si como dice Lacan, la constante puede reducirse a la consistencia, esto amerita concebir la posibilidad de que la constante sea entonces el Uno que itera en el cuerpo. Esto justamente, ya que podemos suponer que la consistencia remite a la consistencia corporal, es decir, a aquello que *acontece* en el cuerpo. El vocablo reducir implica para Lacan formalización, *matematización*. Digamos también el esfuerzo por situar una axiomática fundamental.

Por un lado, nos encontraríamos con una modalidad de goce fálica, con la constante propia de la ley significativa que responde a un conjunto cerrado; por otro, un goce ligado a la lógica del no-todo, con afinidad con lo real y con la constante propia de un Uno iterativo que se experimenta en el cuerpo al estilo descrito por el matemático italiano Fibonacci⁵.

Vayamos entonces ahora sí al párrafo en cuestión. Comencemos por la referencia a Juanito. “La angustia está muy precisamente localizada en un punto de evolución de ese gusano humano, es el momento en que el hombrecito o la futura mujercita se da cuenta ¿de qué? Se da cuenta de que está casado con su pija” (Lacan, 1975, p. 16).

Cabe decir en primer lugar que, el afecto –la angustia– se experimenta en el cuerpo del sujeto en el momento en que para este hay una relación con el órgano. En este pasaje Lacan es claro, la alusión es al órgano. Sin dudas, en el caso de Juanito, como Lacan lo señala, esto introduce complicaciones. El niño las confiesa cuando hace mención a la masturbación. Se trata de un elemento de descompensación. (Lacan, 1956, p. 259) ¿Cómo Lacan llega a situar esto como elemento de descompensación? La masturbación en la infancia introduce un problema ya

que implica sensaciones que el niño debe integrar, e implica indudablemente la turgencia. ¿Es la turgencia en tanto experiencia a nivel del órgano y situada temporalmente en la infancia una experiencia fácilmente integrable? Leamos integración como el esfuerzo del sujeto en circunscribir esa experiencia. Podríamos conjeturar que la integración, expresión utilizada por Lacan en marzo de 1957, incluía relictos de la unificación propia a la que se accede vía el estadio del espejo y, al mismo tiempo, se encuentra imbuida por las coordenadas estructuralistas que se verían muy claramente reflejadas un poco más tarde, en sus elaboraciones. Digamos la operación de traducción del goce, la significantización del mismo.

Tomemos en cuenta la siguiente cita:

Toda nuestra experiencia nos indica que hay manifiestamente en el pasado de los niños, en sus vivencias y en su desarrollo, un elemento muy difícil de integrar. Hace mucho que insistí –tanto en mi tesis como en un texto casi contemporáneo –en el carácter devastador, muy especialmente en el paranoico, de la primera sensación orgásmica completa. ¿Por qué el paranoico? Tratemos de responder a esto paso a paso. Pero en determinados sujetos encontramos el testimonio del carácter de invasión desgarradora, de irrupción perturbadora, que presentó para ellos esta experiencia. Con esto basta para indicarnos, en este rodeo en el que nos encontramos, que la novedad del pene real debe jugar su papel como elemento de difícil integración. (Lacan, 1956, p. 259-260).

Formidable cita que nos orienta, más allá de haber sido explicitada muchos años antes, en la lectura del pasaje del año 1975. Además, recordemos, es el Seminario en el que se sumergirá en el *mare magnum* Juanito. Si el niño está casado con su pija, si hay casamiento, hay relación con el órgano. En otras palabras, la relación es la pauta que indica que el sujeto cuenta con el operador-integración de la sensación vivida. Si el sujeto no está casado con su pija, ¿cómo haría para significantizar la irrupción perturbadora? Entonces aquí se puede situar lo devastador, o más precisamente, la dimensión del desgarrar.

La pija "...se llama pene o pito, y que se infla cuando se dan cuenta que no hay allí nada mejor con que hacer falo...". (Lacan, 1975, p. 16) Si se infla el órgano, estamos ante el fenómeno de turgencia. Y si además esto es lo que permite hacer falo, es porque efectivamente el casamiento implica una relación entre el órgano y el falo.

Digamos que el órgano está fundado en un significante. En 1975, Lacan proseguirá aún más:

...la relación de la angustia con el descubrimiento del pequeño-pipí, llamémoslo también así, es pese a todo claro, es seguro que puede concebirse que para la niña, como se dice, se despliega mejor, por eso ella es más feliz, se despliega porque necesita un cierto tiempo para darse cuenta que no tiene el pequeño-pipí, y eso le produce angustia también, pero es una angustia por referencia, por referencia a aquel que está aquejado por él; digo "aquejado", porque hablé de matrimonio... (Lacan, 1975, p. 16).

Si Lacan resalta el ejemplo de la niña y subraya que la misma padece una angustia por referencia, podemos suponer una equivalencia aquí entre el falo y la referencia. Si hay referencia, hay relación, hay la determinación significante que supone la idea de relación, de casamiento. El francés permite pesquisar el subrayado del vocablo "aquejado", ya que por Lacan es escrito con las letras PH, iniciales de *phallus*.

Si para un sujeto, en este caso, toxicómano, no hay casamiento con su pito, digamos más precisamente, si la referencia que permite la localización del afecto no funciona, nos encontramos ante la posibilidad de experiencia desgarradora de la que hablaba Lacan. El desgarrar puede remitir al desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida de un sujeto (Lacan, 1958, p. 534), es decir allí donde el significante no alcanza a provocar determinada integración de aquello que es vivenciado en el cuerpo.

Partamos entonces de una distinción ya formulada y que además en el caso de las toxicomanías cobra gran importancia: el goce fálico no es el goce peniano. Ahora bien, si para acceder al uso de un órgano se requiere que el mismo esté fundado en un significante, ¿qué operación permite a un sujeto en el que no opera la castración hacer uso del órgano?

En sujetos llamados neuróticos, el órgano, efectivamente, está fundado en un significante. Las consecuencias de esta operación permiten que el goce se circunscriba a una zona del cuerpo, es decir que tenga lugar una determinada localización, que una cierta significación se le adjudique a la misma y entonces, esto permitiría un empleo, un uso, por ende una función. Esto remitiría a las coordenadas propias del goce fálico, en donde, tal como Lacan lo señala en su *Seminario 20* (Lacan, 1972), tanto el goce fálico como el goce del órgano, de alguna manera se encuentran superpuestos.

Sin embargo, la disyunción se pesquisa en la psicosis. En primer lugar, psicosis y goce fálico son antinómicos. A su vez, la dificultad en la condensación del goce radica justamente en la ausencia de castración. He aquí entonces nuevamente el interrogante, ¿cómo accede un sujeto que parte de la forclusión al goce peniano? ¿Gozar del órgano y goce peniano son sinónimos?

Al escuchar sujetos que recurren a ciertas sustancias, es factible constatar que, el acceso al encuentro sexual, haciendo algún uso del órgano sexual, sólo es posible si se encuentran bajo los efectos de un determinado tóxico. ¿Es realmente esto un recurso en el cual un sujeto puede apoyarse para que el órgano devenga instrumento? ¿Cómo releer la cita de Jacques Lacan del año 1975 a la luz de una viñeta clínica?

Cabe precisar que en sujetos donde hay ausencia de significación fálica –correlativa a la no operación del mito edípico–, el tóxico puede permitir que el órgano pueda devenir –en cierto modo– instrumento para ir al encuentro con el Otro sexo. Este aspecto además se encuentra en consonancia con arreglos sostenidos en un amor que no incluye lo sexual, donde la sexualidad está elidida.

Usos del órgano sin contar con la función proposicional llamada fálica

M. tiene algo más de 60 años. Llega al centro de día derivado de un hospital psiquiátrico de la ciudad. Allí ha tenido internaciones en momentos de desestabilización. Cuando arriba al Centro de Día, mantenía aún entrevistas en consultorios externos tanto de psicología como de psiquiatría con profesionales del hospital en cuestión. El paciente ha estado confrontado, prácticamente toda su vida, a una pendiente que nunca ha desaparecido. Esta última consiste en devenir mujer.

Desde su infancia, precisamente a sus 8 años de edad, comienza a practicar la auto-penetración con diferentes objetos. Llevaba a cabo esto en la intimidad de su habitación. Fue así que, en una ocasión, su madre irrumpe intempestivamente encontrándolo *in fraganti*. Al verlo realizando esta conducta, lanzará el epíteto “¡puto!”. M. refiere que esta intrusión fue vivida en aquel momento como una “violación”, según su expresión.

La pendiente que es factible situar en M. lo conduce a lo peor. Ha sometido su cuerpo a una intervención quirúrgica a los fines de reducir su estómago. La reducción apuntaba, según relata, a lograr un adelgazamiento pronunciado para “asemejarse a la silueta femenina”.

A su vez, M. recorría la periferia de la ciudad para encontrar travestis (hombres travestidos de mujer). Contratava a los mismos y se dirigía con ellos a una habitación de un hotel que reservaba. Esta última tenía la particularidad de disponer de una gran cantidad de espejos. Frecuentemente, llegaban bajo los efectos de la cocaína. El consumo, dentro de la habitación, continuaba. M. se travestía allí dentro con prendas que atesoraba de manera escondida en su propia casa. Aunque él se hacía penetrar en estas coyunturas, también lograba la erección, cuestión que en períodos de estabilización no ocurría. Un componente central para alcanzar la erección del órgano, consistía en constatar el órgano erecto en el / los partenaires. Más allá de esto, el sujeto aseguraba que no había “un goce más intenso que mirarse a sí mismo, que contemplar en el espejo su imagen de mujer”. Estas escenas que el sujeto montaba, en numerosas ocasiones terminaban mal. Confrontaciones violentas por reclamos en cuanto al pago, golpes, amenazas con armas blancas, robos, etc.

M. ha tenido intentos de suicidio, concretamente en dos ocasiones. Según él, estas tentativas tuvieron lugar debido a no lograr alcanzar “la buena imagen de mujer” que perseguía. Si bien es factible situar coordenadas de la psicosis en la infancia, el desencadenamiento de su psicosis en la adultez, es extremadamente claro. Con poco más de 25 años, viviendo en una habitación alquilada en el seno de una pensión, M. ya atesoraba algunas prendas femeninas en su armario. Solo vestía las mismas en la intimidad de su cuarto, nadie sabía de esto. En determinado momento, saliendo en una ocasión de la pensión, oye que el dueño de la misma se dirigió a él diciéndole “hermafrodita”. De allí, lo que quizás era discreto hasta aquel momento, comenzó a desplegarse fuertemente. M. estaba convencido de que el dueño de la pensión había

colocado cámaras ocultas para hacer público lo que él nunca había develado.

A una estabilización a través de un tratamiento psiquiátrico que incluyó una internación, siguió el establecimiento de una relación de pareja con una mujer con la que M. tendrá una hija. Durante casi 7 años, la errancia por la periferia desapareció. Solo tuvo raptos escasos en los que se encontraba a escondidas con travestis para consumir y llevar adelante la escena antes descripta. Siempre temió ser descubierto ya que nunca desechó la totalidad de las prendas femeninas.

El comienzo de una nueva desestabilización sobrevendrá cuando, aún en pareja, su partenaire pierde un embarazo. Esta coyuntura condujo a que sintiera que “no era lo suficientemente hombre”. Al poco tiempo M. dirá que ya no sentía ningún interés por la madre de su hija. Solo los unía un “aprecio desgastado y vacío”. Los fenómenos elementales no tardaron en reaparecer y pasaje al acto mediante, una nueva internación tuvo lugar.

Varios interrogantes se desprenden del caso: en primer lugar, M. lograba la erección en las ocasiones en las que, rodeado de travestis, estaba bajo los efectos de la cocaína. Él mismo ha precisado que el órgano no funcionaba sin el tóxico. Incluso en ocasiones en las que intentaba ir al encuentro sexual utilizando solamente Viagra, tampoco accedía a la erección. En los momentos de desestabilización, la idea de deshacerse del órgano tenía lugar. Cabe precisar que no ha acontecido - hasta el momento - un pasaje al acto que implicara ir sobre su miembro. En oportunidades, ha considerado intervenir quirúrgicamente, más esta idea no ha prosperado. Deshacerse del órgano emergía más bien cuando se encontraba desencadenado.

M. decía que su hesitación en torno a si alguna vez iba a presentarse ante la sociedad, en público, definitivamente travestido, siempre habitó en él. Hasta el día de hoy, nunca lo ha hecho. La lectura de literatura travesti en un blog en internet y la escritura de comentarios en torno a estos textos que lee, parecen mantener a raya, o al menos intentan mantener a raya, está pendiente forclusiva.

Ahora bien, más allá de conservar siempre de alguna manera su ligazón al semblante masculino, cabe la pregunta en torno a cómo lograba hacer uso del órgano durante el tiempo que convivió con la madre de su hija. Es en esta etapa que tuvieron lugar las alcoholizaciones. En determinadas semanas, en determinados meses, el consumo llegó a ser diario. M. se refirió a este respecto precisando que el alcohol “aflojaba las tensiones de su cuerpo” y le permitía “olvidar ante quien estaba”. Los encuentros sexuales no se caracterizaron por una alta frecuencia. Cabe precisar que durante estos años, la persona sostenía su trabajo como empleado de un banco y además frecuentaba una agrupación política de la que participaba activamente.

Consideraciones en torno al caso

¿Qué sucede a nivel del cuerpo en este sujeto? Consideremos algunas referencias sobre el cuerpo en Lacan. En primer lugar, podemos precisar la noción del cuerpo como carne y, más adelante, remitirnos a la distinción que establece entre organismo y cuerpo.

En *El Seminario 10*, Lacan aporta el siguiente comentario: “las partes del cuerpo pasan a sus funciones metafóricas, singularmente el órgano sexual, y en especial el órgano sexual masculino” (Lacan, 1962, p. 234). En otros términos, para que la carne se convierta en cuerpo deben ocurrir dos cosas: estar capturado por la dimensión metafórica con la consiguiente pérdida que se intentará recuperar como plus de gozar.

Lacan vuelve a hablar de la carne como aquello que, al ser marcado por el significante, es negativizado dejando por separado el cuerpo de su goce (Lacan, 1970, p. 432). ¿A qué hace referencia Lacan cuando menciona la separación entre el cuerpo y su goce? Recordemos que Jacques-Alain Miller nos aclara que la carne reúne “al cuerpo más su goce” (Miller, 2014). Propongamos ante estas citas, una conjetura: en línea con lo desarrollado hasta el momento, podríamos sostener que, si ante la marca significativa sobre la carne, una escisión se produce, una dimensión del goce será reconducido a las zonas erógenas. La pregunta que se añade entonces es qué sucede a nivel del cuerpo, del cuerpo escindido de aquel goce metaforizado. Este cuerpo será entonces sede de una modalidad de goce que no remite necesariamente a la égida de la castración. Hay una doble vertiente en torno al goce: el goce castrado y el goce que ex-siste a la castración.

Retomando la cita ya mencionada de *El Seminario 19* donde Lacan precisa que un órgano se transforma en instrumento por medio de la incidencia del significante, podemos decir lo siguiente: por un lado, deviene instrumento en la medida en que puede ser empleado por el sujeto y que, a su vez, las alteraciones anatómicas, cuando hay constatación de que efectivamente no hay alteración a nivel orgánico, responde al trastocamiento introducido por la incidencia del significante.

Por otro lado, el valor fálico que adquiere un órgano al inscribir un sujeto su goce bajo el régimen de la castración permite que el empleo del mismo esté articulado a una determinada significación. Si el sujeto no inscribe su goce bajo este régimen, podrían emerger dificultades en torno al uso del / de los órganos. De allí que el tóxico puede funcionar, por ejemplo, compensando este aspecto. He aquí que el caso presentado da cuenta de esto.

En el caso M., es factible subrayar la cirugía de reducción estomacal para asemejarse a la silueta femenina. Encontramos aquí una intervención sobre lo real del cuerpo que implica una tentativa de extracción, de vaciamiento de goce. En segundo lugar, se pesquisa que no logra hacer uso del órgano peniano si no es por medio del empleo de la sustancia. Si el significante puede -mediante determinada forma de incidencia- permitir que el órgano devenga instrumento, ya sea cuando se lo usa, cuando no funciona como es debido o cuando se extravía;

la clave es que de alguna manera pueda usarse (Lacan, 1962, p. 234). Miller, en su curso *Extimidad*, aclara que el cuerpo está vaciado de goce por la huella del significante (Miller, 1985, p. 309). Está claro que, en sentido estricto, no hay en M. el acceso a la metaforización del goce. No se produce vaciamiento.

Tomemos ahora una segunda cuestión. M. sólo puede hacer uso del órgano mediante el tóxico. En cada una de las circunstancias donde se pone en juego el órgano, aparece el uso de sustancias. Cabe tener presente que la alucinación verbal, el retorno en lo real, concierne directamente a la sexualidad del sujeto. El alcohol empleado ante el encuentro íntimo con su pareja mujer que le permite “olvidar” ante qué está. Hay ruptura, en este caso, con respecto al órgano ya que se separa de esta vía el alcohol para justamente poder hacer uso. Es sabido que la ingesta llegó a ser diaria. Esto amerita la pregunta por otros usos del alcohol. ¿Podemos situar esta ingesta metonímica allí donde el sujeto es confrontado a responder como padre? Y a su vez, este período vino aparejado de una considerable distancia con respecto a la pendiente hacia-La-mujer. ¿No funcionaba el alcohol como velo a este vector en dirección hacia una realización?

La cocaína está reservada para la escena que monta en el hotel. Detallemos los componentes de la misma: los travestis, hombres vestidos de mujeres en quienes necesitaba constatar su erección; la presencia de espejos en la habitación; el uso de las vestimentas que M. atesoraba; y, el consumo de la cocaína para hacer uso del órgano, de la pija. Ahora bien, en esa escena las figuras femeninas reflejadas en un espejo tienen un lugar preponderante (M. vestido de mujer, pero también los travestis mismos que contrataba). Mirar-se, contemplar su propia imagen de mujer le procuraba a M. un goce completamente deslocalizado. Retomemos la cita: el sujeto aseguraba que no había “un goce más intenso que mirarse, asimismo, que contemplar en el espejo su imagen de mujer”. ¿Cómo accede en estas escenas al uso del órgano? Por un lado, se pesquisa el consumo de cocaína, por otro, la constatación de la erección de sus partenaires. La preeminencia y pregnancia del objeto *a* mirada evidencia que este último es el soporte sobre el cual se encarna aquel insulto materno que retorna una y otra vez al mismo lugar en la realización de esta escena.

Conclusiones

Tomando en cuenta la lectura lacaniana en torno al cuerpo a partir de los años 70' en tanto el cuerpo del ser hablante no es carne, no es organismo, ni la biología, podemos decir que es efecto de la acción del significante. Es efecto del corte que introduce el significante que a su vez metaforiza, simboliza, significantiza el órgano para que devenga cuerpo. Es mediante el significante fálico que el sujeto puede hacer un uso de su cuerpo en tanto órgano. Además, el goce puede sexualizarse en tanto este goce es falicizado. Así se presentará de manera localizada. Constatamos la inscripción bajo la función proposicional llamada

fálica. Hemos pesquisado, a la luz de un caso clínico, que el tóxico puede funcionar, aunque de manera fallida, como un intento de suplencia de la inscripción de la función fálica forcluida dando cierta consistencia imaginaria al cuerpo. Agreguemos que el caso enseña la pluralidad de funciones que una sustancia puede implicar para un ser hablante. Incluso, en distintos momentos de su vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Biblia Reina-Valera 1600 (1569). B&H Español Editorial Staff. 2016
- Birmingham, K. (2015). *The most dangerous book. The battle for James Joyce's Ulysses*. Penguin Book.
- Brousse, M. (2021). *Modo de gozar en femenino*. Buenos Aires: Grama.
- Descartes, R. (1637). *Discurso del método*. Colección Grandes Pensadores: Gredos, 2011.
- Freud, S. (1916). *Los que delinquen por conciencia de culpa en Obras completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Gorostiza, L. (2016). *El cogito lacaniano y el cuerpo en El cuerpo hablante - Parlétre, sinthome, escabel*. Buenos Aires, Grama, 2015.
- Lacan, J. (1956). *El seminario libro 4: La relación de objeto 1956-1957*. Buenos Aires: Paidós. 2016.
- Lacan, J. (1957). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis en Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- Lacan, J. (1962). *El seminario libro 10: La angustia 1962-1963*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Lacan, J. (1970). *Radiofonía*, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1971). *El seminario libro 19: ...o peor 1971-1972*. Buenos Aires: Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1972). *El seminario libro 20: Aún 1972-1973*. Buenos Aires: Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1975). *Jornadas de estudio de los carteles en la Escuela Freudiana de París*. Buenos Aires: Biblioteca de psicoanálisis Oscar Masotta.
- Lacan, J. (1975). *El seminario libro 23: El sinthome 1975-1976*. Buenos Aires: Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1975). *Le Séminaire, Livre XXIII 1975-1976*, Paris : Seuil. 2005.
- Lacan, J. (1976). *Joyce el síntoma*, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1978). *Lacan por Vincennes*, Revista Lacaniana de Psicoanálisis N° 11, octubre de 2011. Buenos Aires: EOL-Grama.
- Miller, J.-A. (1985). *Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques - Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós. 2017.
- Miller, J.-A. (2000). *Los paradigmas del goce en El lenguaje aparato de goce*, Buenos Aires: Colección DIVA.
- Miller, J.-A. (2004). *Piezas sueltas. Los cursos psicoanalíticos de Jacques - Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- Miller, J.-A. (2008). *Sutilezas analíticas. Los cursos psicoanalíticos de Jacques - Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Miller, J. (2014). *Enseñanzas de la presentación de enfermos en Matemáticas I*. Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J.-A. (2014). *El inconsciente y el cuerpo hablante en Revista Lacaniana de Psicoanálisis N° 17*, 2014. Buenos Aires: EOL-Grama.

NOTAS

¹“Pienso allí donde no soy”, “Soy allí donde no pienso”, “O yo no pienso, o yo no soy”

²“Yo lo curo, es decir, lo engordo, luego, lo sudo.” [N. de la T. de la edición en español] “En francés je le panse, c'est-à-dire je le fais panse, donc je l'essuie. La frase produce homofonía con: je le pense, donc je le suis (lo pienso, luego, lo soy)

³Al escribir pensar (penser) con una a (panser), que puede traducirse por “remediar” o “curar”, se indica que el pensamiento es como un “emplasto”, tal como lo sitúa Miller, J.-A. (2004). *Piezas sueltas*. Buenos Aires: Paidós: 2013, p. 42

⁴Con el término xenopatía se alude al carácter impuesto con el que se presentan determinados fenómenos en un sujeto como lo son las experiencias de influencia e imposición del lenguaje, del pensamiento. Esta noción proviene de la lectura que Jacques - Alain Miller extrae de G. De Clèrambault acerca de los fenómenos de automatismo mental. Miller, J. (1985). *Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jaques-Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós. p. 26. Miller, J. “Enseñanzas de la presentación de enfermos” en *Matemáticas I*, Buenos Aires: Manantiales, 2014. p. 163

⁵Lacan, en el Seminario 16 De un Otro al otro, toma como referencia las sucesiones de Fibonacci para dar cuenta del plus de gozar. Leonardo de Pisa, Pisa, (c. 1170 - ib., post. 1240), también llamado Leonardo Pisano, Leonardo Bigollo Pisano o simplemente Fibonacci postula la sucesión creciente infinita de los números naturales a partir de la suma de los dos términos que le preceden, comenzando la serie por el 1 seguido de 1 + a. 1, 1, 2, 3, 5, 8, ...Lacan reduce aquí al 1 inaugural como función de marca en la que a se presenta como una constante que se repite como efecto, a partir de la posición del rasgo unario. (Lacan, J. 1969/2013: pp. 127-129).